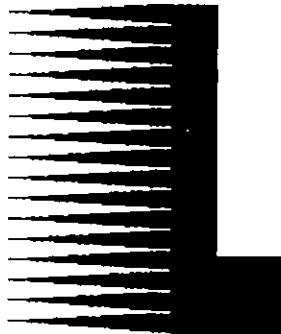


Ensayo(s) sobre la(s) violencia(s): breve agenda para la discusión

ROSSANA REGUILLO*

•Vale decir, no me interesa la política 'en sí', sino el significado político que puedan tener el sentimiento de miedo y desamparo o desencanto que descubro en nosotros. Escribo de lo que me duele. Hay que cerrar las heridas, por cierto, para no desangrar. Sobrevivimos. Para vivir, empero, no hay que olvidar las cicatrices, allí donde la piel perdió su sensibilidad.

Norbert Lechner



Leticia González no imaginaba que el primero de abril de 1996, iba a convertirse en protagonista de una de las escenas más violentamente escandalosas de brutalidad policiaca. Junto con otros compatriotas mexicanos, Leticia viajaba, paradójicamente por el *freeway*, en una camioneta rumbo al *american dream* con la vaga esperanza de encontrar en los Estados Unidos las posibilidades que la crisis mexicana le había clausurado. La vieja camioneta llena de indocumentados fue detectada por la *highway patrol* y en una persecución •de película• (que fue grabada efectivamente desde un helicóptero de una televisora local), obligada a detenerse. Algunos alcanzaron a huir, Leticia desafortunadamente, no. El video reproduce una y otra vez, el momento en que un policía la jala del

Mexicana. Profesora-investigadora del Departamento de Estudios de la Comunicación Social, Universidad de Guadalajara. Profesora en la Escuela de Ciencias de la Comunicación del ITESO. Investigadora de cultura urbana y comunicación; culturas juveniles; identidades culturales; cultura política. E.Mail: ROSSANA@atenas.gdl.iteso.mx

cabello, la obliga a hincarse y ya en el piso, es pateada salvajemente por los patrulleros. Leticia lo ignora en ese momento, pero la imagen de su cuerpo ultrajado, violentado, sometido, está siendo capturado para siempre por la lente mágica de una cámara. Después, ella misma se verá en *slot motion*, sorprendida, vulnerable y «asustada hasta la muerte». La fotografía de su rostro deformado, hinchado y la pregunta de sus ojos negros, quedará impresa en los periódicos; su voz temblorosa, incierta como suspiro, viajará por las ondas hertzianas e irrumpirá en la rutina cotidiana de los radioescuchas. Después, el silencio, el olvido.

Violencia multimedia. Simultaneidad de la imagen, velocidad, omnipresencia. Relación subvertida entre lo imaginable y lo real que trastoca la experiencia. La violencia no es más circunscrible, sus dominios son múltiples y sus formas proteicas.

El drama social eternamente representado se complejiza hoy día por la emergencia de nuevos fantasmas y demonios. Del narcotráfico al sida, de la violencia de Estado a la violencia callejera, pasando por la pobreza, la exclusión, la intolerancia. Las violencias se diversifican, alimentándose a sí mismas del miedo, la incertidumbre, la desesperanza y especialmente, de la disolución del vínculo social.

Paradójicamente la era de las comunicaciones, de la información, de las redes expandidas y en expansión, es simultáneamente la era del individuo. El discurso de la diferencia opera en dos niveles: en lo social, trabaja a favor de la tolerancia, de las autonomías, de la revaloración de lo local, de la inclusión; pero en lo político, actúa en la fragmentación, en el surgimiento de nichos socioculturales cerrados sobre sí mismos, con sus propios emblemas, banderas y discursos que no se tocan con los de otros colectivos. Michel de Certeau¹ señalaba que «la comunicación es el mito central de nuestras

sociedades desgarradas entre el desarrollo de la difusión y la atomización».

Y es precisamente en este desgarramiento donde la violencia encuentra un terreno fértil para manifestarse y expandirse.

Los grandes medios de comunicación, la televisión especialmente, actúan simultáneamente como cajas de resonancia y como constructores de realidades o proveedores de imágenes del mundo. Por ejemplo, la golpiza de Riverside, narrada al principio, da la vuelta al mundo, pasa a la agenda pública de discusión a través de los informativos y de los programas de opinión. Sin embargo, al reducir la complejidad política y cultural del hecho, se agota en el acontecimiento mismo, se circunscribe a un tratamiento de estigmas y estereotipos, «los buenos contra los malos», «los poderosos contra los débiles» y esto siempre desde la posición que asume el que emite y desde el lugar social de la recepción: muchos tomaron por ejemplo, posición a favor de los *chérifés* norteamericanos, lo cual se explica, entre otras cosas, por la profusa circulación de discursos racistas que señalan como el gran enemigo al «extranjero».

Indudablemente no puede desconocerse, ni descalificarse lo que este «ojo vigilante» de los medios, aunque sea por una racionalidad comercial, significa en relación a la vigilancia sobre el ejercicio del poder. Los poderes no pueden escapar tampoco a la mirada panóptica de la época. Las imágenes «oficiales» se ven contrapunteadas por las imágenes «no autorizadas»², revelando la otra cara de la vida social. En este sentido, los medios de comunicación, actúan como contrapesos.

Sin embargo, acontecimientos como el señalado, no alcanzan a constituirse en verdaderos debates públicos que dinamicen a la sociedad. Más allá de la dosis necesaria de indignación cotidiana, el asunto pasa a ser cuestión de

¹ DE CERTEAU, Michel. *La toma de la palabra y otros escritos políticos*. México: Universidad Iberoamericana/ITESO, 1995.

² MURDOCK, Graham. *Las comunicaciones y la constitución de la modernidad*. En *Revista de Occidente* No. 170-171. julio-agosto, 1995. Madrid.

«sectas»: los defensores de los derechos humanos X, Y, o Z, el colectivo de defensa de los inmigrantes latinos, el grupo parlamentario específico.

El ciudadano común permanece como un espectador asombrado, sacudido por los videoescándalos, los periodicosos, cada vez más replegado en su privacidad; atemorizado por los terrores que se cuelan cotidianamente por los resquicios de puertas y ventanas o se exhiben despreocupadamente por la pasarela de los grandes medios de comunicación o amenazan ocultos en la calle, en la plaza.

Las violencias desbordan la capacidad de respuesta ciudadana. Se abren paso en una sociedad dispersa y contribuyen a aumentar la fragmentación, cancelan la esperanza y acrecientan las murallas entre los sujetos.

Cuántas violencias o el caos de la percepción

El diccionario define la violencia como la calidad de violento, el adjetivo que sirve para nombrar aquello que está «fuera de su natural estado, situación o modo», que «obra con ímpetu», que «se ejecuta contra justicia». Lo que estas ambiguas «definiciones» señalan es la dificultad de pensar la violencia unívocamente. Es necesario entender la configuración de campos diferenciales en los que ésta se gesta, se expresa y actúa.

La multidimensionalidad de las violencias que han estallado en este último tramo hacia el tercer milenio, las vuelve difícilmente asibles y por lo tanto difícilmente representables.

En las sociedades tradicionales o, de acuerdo a la tipología de Giddens³ «premodernas», las amenazas al orden establecido provenían de fuentes claramente identificables, básicamente dos: una naturaleza deificada que podía aplacarse

mediante rituales de purificación y ofrendas; y, el comportamiento «desviado» de alguno(s) miembro(s) del grupo, controlable mediante la aplicación de sanciones directas determinadas por la misma comunidad. Además en casi todas las culturas han existido rituales de inversión cuya finalidad central es la de dar salida a la energía negativa acumulada por efecto del ejercicio del poder, tales como los carnavales que trastocan, momentáneamente, las relaciones de poder en un ritual de restitución de sentido.

Mientras que en la complejidad de la modernidad, la interculturalidad, los procesos de desterritorialización económica, la velocidad con la que se desplazan bienes, informaciones y personas, el avance tecnológico, multiplican y diversifican las fuentes de peligro y amenaza; además, con la aparente conquista de la razón moderna, se pierden los espacios y las prácticas rituales para domesticar el caos.

Entonces las reacciones que provocan las violencias son informes, indiscriminadas y tan caóticas como las violencias mismas. En términos generales, no hay por ejemplo, discernimiento entre la violencia de Estado y la violencia social (en mucho acrecentada por la pobreza y la exclusión).

Las múltiples imágenes que engendra la violencia configuran un imaginario colectivo al que le faltan categorías para pensar las diferencias que existen por ejemplo, entre la violencia «legítima», aquella que ejercen los poderes y las instituciones en el afán de preservarse a sí mismas (y no necesariamente a los ciudadanos), y la que estalla desordenadamente, en una guerra de todos contra todos. Sin estas categorías la indefensión aumenta; estamos desnudos ante las violencias, abiertos a la ira engendrada por el miedo, en una cultura de la sospecha en donde todos somos potencialmente sospechosos de ser sospechosos.

Violencia y Socialidad

Uno de los aspectos más preocupantes del confuso panorama abierto por las violencias, es que ganan terreno cotidianamente los discursos «duros» y autoritarios.

³ GIDDENS, A. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Universidad, 1993. p. 100

Hoy, en la competencia secular por la hegemonía de los sentidos legítimos de la vida social, emergen voces que llaman al control y al orden fascista, que en el nombre de «la familia», las «buenas costumbres» y algo tan difuso como la «recuperación de los valores perdidos»⁴, lanzan consignas que encienden los ánimos, alimentan los odios y por lo tanto, acrecientan la violencia en una espiral incesante⁵.

En lo que toca a estos llamados incendiarios que se montan sobre la perplejidad y el desconcierto, los medios también hacen su parte.

En el terreno de la ficción, tanto el cine como la televisión nos proveen de historias que mediante operaciones semióticas complejas o a veces burdamente, justifican la aparición de «vigilantes» o la aplicación de la justicia por la propia mano. En estos casos, el vigilante se convierte en tal por su condición de antigua víctima: se trata generalmente de un varón blanco (aunque con la tendencia políticamente correcta, ya son varias las mujeres y los negros que se convierten en vigilantes); profesionista exitoso; habitante de los «suburbios»⁶; ciudadano ejemplar y pacífico contribuyente; respetuoso de las leyes y creyente.

Invariablemente estos guiones en serie, muestran la ineficacia y/o la corrupción del aparato de justicia. No queda más que

la Ley del Talión, ojo por ojo. La complicidad de los públicos llega al extremo de querer para el verdugo inicial la peor de las muertes, posición justificada a través de una especie de imperativo ético.

Muchas veces no son tan evidentes las maniobras para que «los malos» pertenezcan explícita o implícitamente (por las marcas simbólicas de su apariencia o de los escenarios donde se desenvuelven) a ciertos grupos sociales: negros, latinos, jóvenes, homosexuales, practicantes de las nuevas religiones, pobres (como si la pobreza fuera una categoría identitaria).

Mediante estas operaciones el «otro» queda satanizado en la figura del «extraño», del extranjero que no tiene que ver aquí con la nacionalidad de origen, sino con la distancia en relación a las visiones del mundo y las prácticas sociales más o menos dominantes.

Las migraciones geográficas, religiosas, sexuales, políticas, son la constante de la época. Si la etapa de industrialización se caracterizó por el desplazamiento del campo a la ciudad; la etapa de las comunicaciones⁷, se caracteriza por los múltiples desplazamientos en el espacio y por las mutaciones identitarias aceleradas: la gente se cambia de ciudad, de región, de país; cambia de religión; cambia literalmente de sexo y no sólo de preferencia sexual; cambia sus posiciones políticas y su intención de voto.

Las fronteras son móviles y porosas, pierden sus referentes fijos. Pese a ello, persiste o cobra fuerza un discurso excluyente que sataniza estas «migraciones», convirtiendo a los nómadas por opción o por destino fatal (por ejemplo el de las migraciones forzadas por la pobreza extrema, las ideas políticas, la guerra) en los «salvajes» de fin de siglo, en los

⁴ Estas luchas por la preservación no son nuevas. Piénsese por ejemplo en la estrategia discursiva del nazismo que apelaba a la expulsión, exterminación de todos aquellos elementos «exteriores» que habían llevado a la «descomposición» de la sociedad alemana.

⁵ Un ejemplo de este peligro lo constituyen las fuerzas paramilitares que en Brasil, especialmente en Río de Janeiro, han exterminado a decenas de niños y jóvenes de la calle. En México, ante la ola de violencia desatada en los últimos meses, muchos ciudadanos han demandado la presencia del ejército en las calles y hay voces que se han levantado para exigir la pena de muerte.

⁶ No hay que olvidar que el monopolio de la industria cultural sigue cargado hacia el norte, por lo tanto el modelo responde al imaginario norteamericano, pero que es hoy ampliamente compartido por amplios sectores sociales en América Latina y otras partes del mundo.

⁷ El momento societal que atravesamos (por supuesto de maneras desiguales) ha sido bautizado con varios nombres: sociedad postindustrial, posmodernidad, sobremodernidad. Todas estas formulaciones reconocen el papel central de la información y la comunicación.

enemigos de «lo interior», de lo legítimo, del orden. Sacrificables o herejes, perseguidos por la «inquisición» política y condenados al exilio social.

No basta el discurso de la diferencia, si la sociedad no encuentra los mecanismos y las mediaciones necesarias para construir políticamente y dar cabida a la pluralidad en una época de acelerados cambios.

El «exilio» se ha convertido en una metáfora social que señala la existencia de un «centro» (geográfico, económico, político, cultural) versus una periferia física o simbólica, que genera una dinámica negativa de la atomización: cada periferia con su propio centro, sus propios rituales, sus victorias, sus pequeños o sus grandes odios. Con esta tendencia, la sociedad, como lo ha señalado Halbwachs⁸, corre el riesgo de convertirse en mero «ensamblaje de individuos».

Si de un lado, es fundamental reconocer (y aplaudir) los signos de una sociedad civil en plena emergencia; de otro lado, se requiere de un optimismo cauteloso que permita hacer la crítica de las formas de socialidad contemporánea. La dificultad estriba en que el movimiento no se detiene para esperar pacientemente a que pensemos; hoy más que nunca la sociedad requiere de la habilidad para establecer las reglas de juego en el propio juego. Por lo pronto, es urgente una antropología de lo exterior que penetre hermenéuticamente los mundos y los modos de la vida, como condición de intelección para el impulso de ese proyecto político sin el cual la diferencia y la diversidad son meros instrumentos retóricos de la dominación y caldo de cultivo para la(s) violencia(s).

Violencia y espectáculo

Hoy día resulta indudable la importancia estratégica de los medios de comunicación para la construcción e impulso de visiones del mundo. En relación a la violencia quisiera aquí referirme únicamente a la emergencia de un exitoso género televisivo, los llamados *reality shows*, cuya singularidad es la de reproducir «dramatizadamente» los «hechos al desnu-

do» y actualizar las más diversas formas de la violencia y la miseria humanas.

Desde el (aburridísimo) juicio al exjugador y actor norteamericano O.J. Simpson; el asesinato de Selena (la cantante *tex-mex*), con todo y la persecución (y captura) de la «presunta» asesina; el drama de dos gemelos que asesinaron a sus padres porque abusaban de ellos sexualmente, hasta los enfermos y minusválidos de diferentes países latinoamericanos, reducidos por sus familias a la condición de bestias o fenómenos de exhibición. Las temáticas son inagotables, sus públicos también. Se calcula que estos programas tienen una audiencia sólo en Estados Unidos de catorce millones de personas.

Ocurrió Así, *Primer Impacto*, *Hard Copy*, entre otros y las versiones que han ido apareciendo en México como *Expediente 13* o *Ciudad Desnuda*, giran en torno a casos de la vida real que permiten a la teleaudiencia tomar partido en torno al acontecimiento. En el «*guilty or not guilty*», reposa en buena medida el éxito de esta industria de la violencia. Es este juicio popular, el que confiere a la audiencia la sensación de tomar parte, de poseer al menos una certeza en medio de un mundo en el que escasean las claridades. Y al discutir a la hora de la comida, del café, del descanso laboral o incluso en medio del ensordecedor ruido de algunas máquinas funcionando, sobre la culpabilidad de Saldivar en el caso de Selena, del propio Simpson, o de Lorena Bobbit (acusada de cortarle el pene a su marido), se juegan en las argumentaciones muchas más cosas, que el mero veredicto.

El *reality show*, hoy una industria millonaria, le da contenidos específicos al éxito, a la envidia, a la venganza, al abuso sexual, obliga a tomar posición. Al proponer argumentos desagraciantes o en agravio para los inculpados, se filtran las visiones sobre lo bueno y lo malo.

Influye también el que muchas veces los protagonistas de los dramas son figuras públicas. Esto añade un ingrediente, pero no es suficiente para entender cuál es el resorte de su éxito. Dónde radica el «encanto» en este mundo desencantado, cuando las historias narradas «rescatan» de los sótanos de la vida social truculentos episodios que producen millones

de dólares, por qué hay una audiencia dispuesta a invertir algunas horas del día en darle seguimiento al caso de los hermanos que mataron a sus padres porque estos abusaban sexualmente de ellos o al proceso abierto en contra de una familia que mantenía en una jaula en la intemperie y desnuda a una enferma mental. De qué está hecha esa audiencia fiel, que impávidamente o con lágrimas en los ojos, emite, sin ningún titubeo, una opinión informada sobre los hechos.

Cuando el asesinato de la cantante Selena, en uno de los innumerables programas dedicados a mirar el asunto desde todos los ángulos posibles, la cámara enfocaba a un grupo de manifestantes que frente a la corte, pedían pena de muerte para Yolanda Saldivar (la asesina); ahí, frente a las cámaras, una mujer con acento norteamericano pero en un español perfecto, con la apariencia de ama de casa y con una fotografía de Selena, prendida a su camiseta, decía convencida: «ella (Saldivar) se merece que la maten, porque nadie tiene el derecho, sólo Diosito, de quitar la vida sagrada de las personas; que se la lleven a la silla eléctrica». Completando el cuadro, varios hombres y mujeres asentían con la cabeza y le daban la razón a la señora, de pronto convertida, en una «experta» que no se perca de la contradicción de sus palabras. La lógica es impecable: sangre por sangre.

La desgracia ajena moviliza las pasiones propias, y en esta doble operación, distancia y proximidad, el *reality show* se afirma como un buen negocio. Las violencias, en sus diversas manifestaciones también venden. La espectacularización de lo real, la banalización del drama humano tiene cuando menos dos repercusiones: de un lado, la inmunidad, es decir la pérdida de la capacidad de indignación y asombro; de otro lado, la atenuación, es decir la no implicación en los asuntos públicos porque el ejercicio ritual de asistir a esta violencia espectacularizada, exime de cualquier compromiso.

Los escenarios de las violencias: ciudad y mitos

A manera de ejemplo puede señalarse que en el período que va de 1983 a 1992, las tasas de homicidios se triplicaron en Colombia; en el Perú, se quintuplicaron

entre 1986 y 1991; en México entre 1987 y 1992, se cometieron 17.894 homicidios, lo que indica una tasa del 20.0 por cada cien mil habitantes⁹. Los indicadores de violencia están ahí, cifras que recogen los días y las horas en que se producen los hechos violentos, la edad y el sexo de las víctimas, la identidad del victimario, los móviles y los lugares. Indicadores que no recogen sin embargo, la magnitud de la angustia, el tamaño del miedo y las consecuencias múltiples que repercuten en las formas de socialidad y modifican los escenarios que habitamos.

La ciudad, se ha señalado ya, es hoy uno de los escenarios donde la violencia muestra con mayor frecuencia su rostro de muerte. Es en las calles donde se producen el mayor número de hechos violentos¹⁰.

Para pensar el impacto que las violencias tienen en la configuración de la ciudad y por ende en la vida urbana contemporánea, se proponen aquí dos categorías: confiabilidad¹¹ y vulnerabilidad.

El ciudadano vive permanentemente en esta tensión. No se trata de la reducción a un enfoque de costo-beneficio o de mero cálculo racional, sino de una experiencia arraigada ya en el imaginario colectivo.

⁸ Cfr. HALBWACHS, M. *La mémoire collective*. Paris: P.U.F., 1968.

⁹ Cfr. *Ciudad y violencias en América Latina*. Quito: PGU/Alcaldía de Cali, 1994.

¹⁰ A manera de ejemplo puede señalarse el estudio realizado por Alberto Concha Eastman y otros, sobre la inseguridad y la violencia en Cali. Señalan en el estudio que en 1993 de la mortalidad por homicidio, el porcentaje más alto (13%) en términos de móviles correspondieron al atraco. Estos se cometieron en un 63% en la calle frente a un 8% en los hogares. Cfr. *Ciudad y Violencias*, Op.Cit. p. 134.

¹¹ Giddens ha retomado y reformulado una noción de Luhmann, «fiabilidad en los sistemas expertos» para entender los mecanismos de la acción en contextos modernos, que presupone un reconocimiento de las circunstancias de riesgo. GIDDENS, A., *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Universidad, 1993. pp. 39 y ss.

Vivir en la ciudad implica por parte de la gente, la puesta en juego de una serie de competencias y simultáneamente de dispositivos que mantengan «a raya» todos aquellos elementos (materiales y simbólicos) que representan una amenaza, un riesgo para la vida propia y la del grupo de referencia. Sin embargo, la vida urbana para su desarrollo demanda de intercambios de diversa índole (económicos, políticos, culturales) que reposan sobre un mínimo de certezas cuyo objetivo es el de maximizar estos intercambios.

El ciudadano «debe» confiar en que sus inevitables desplazamientos, sus necesidades de abastecimiento, su acceso a los servicios urbanos, entre otros requerimientos, están garantizados por diversos cuerpos de expertos y por subsistemas que ¡funcionan!. Sin embargo, tiene evidencias empíricas cotidianas que revelan la precariedad de estos funcionamientos. Se experimenta así la indefensión como un dato cotidiano. La brecha que separa los saberes especializados (de los cuerpos de expertos cuya responsabilidad es mantener operando el sistema ciudadano), del sentido común o no especializado del ciudadano medio, se ensancha.

Al «saber experto» se le oponen los «saberes menores», anclados en las mediaciones constitutivas identitarias, de distintos grupos sociales, que irán dando forma y resolviendo esta tensión entre «confiabilidad» y «vulnerabilidad», a través por ejemplo, de patrones de conducta y códigos de relación, a su vez articulados a las representaciones que el grupo valida como legítimas.

Mitos (en su formulación negativa), estereotipos, estigmas, se objetivan en una especie de «manual para la sobrevivencia urbana» (en mucho alimentado por el imaginario producido por la industria cultural), que opera pragmáticamente, es decir, de un modo no reflexivo. «El mal», las violencias, el riesgo, las amenazas, encuentran en estas formulaciones explicaciones causales automáticas.

Puede decirse, a manera de hipótesis, que entre mayor sea la experiencia de vulnerabilidad que experimenta un grupo social y menor su grado de confiabilidad en los «sistemas expertos», será mayor la tendencia a recurrir a estas explica-

ciones «mitológicas», en este caso sobre la violencia. Estos universos simbólicos tienen efectos reales (y comúnmente lamentables) sobre lo que Martín Barbero¹² ha llamado «los modos de estar juntos».

Indudablemente no se trata aquí de calificar las maneras «correctas» o «incorrectas» de pensar, sino de «ensayar» perspectivas diversas y de enfatizar que las violencias no pueden pensarse al margen de lo político, ni de los imaginarios sociales.

Es necesario encontrar los mecanismos para reducir la franja de incomunicabilidad entre los saberes expertos y los saberes cotidianos, y es de estratégica importancia entender la configuración de estos últimos. En las narraciones, en las explicaciones que «los no expertos» dan a las violencias y en las maneras en que se les afronta, radican muchas claves de solución.

Para pensar la(s) violencia(s)

Cabe decir por último que, metafóricamente hablando, las violencias hoy configuran un cuadro barroco de encrucijadas y ambigüedades: escaleras que bajan y suben, pozos, calles estrechas, plazas, túneles, demonios que coexisten con ángeles, puertas semiabiertas en las que se ocultan asoman figuras indeterminadas.

Carlos Fuentes¹³ ha dicho que el barroco no es un arte frontal, sino circular y añade «¿no es el barroco un arte de desplazamientos, que exige el movimiento del espectador para ser visto y, lo más importante, para verse a sí mismo?»

¹² MARTÍN BARBERO, Jesús. **Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación**. Caracas: FUNDARTE/Ateneo de Caracas, 1994

¹³ FUENTES, Carlos. **Nuevo tiempo mexicano**. México: Nuevo Siglo, Aguilar, 1994.

La violencia no es homogénea ni unívoca, sus escenarios son múltiples y es, desafortunadamente, ubicua. Para poder aprehenderla en su complejidad se requiere de esa estrategia circular de la que habla Carlos Fuentes.

Es una época de contingencia, de fragilidad, de indefensión, ello exige asumir el riesgo, es decir, parafraseando a Balandier, no debemos consentir jamás que se aproveche el miedo confuso que produce una época de movimientos y violencias.

Los «estados finales» no son nunca fatalidad sino articulaciones múltiples de acciones que construyen escenarios, que dan forma a los modos de relación, que abren las compuertas a lo que alguna vez pareció imposible. No es ignorando la violencia o negándola sistemáticamente como nuestras sociedades podrán hacerle frente. Hoy más que nunca es vital entender que tanto la esperanza como el miedo se han convertido en armas esenciales de control.

La restitución del sentido del vínculo social, el ejercicio permanente de la crítica, la recuperación de la capacidad de indignación y de asombro, todo ello a través del reforzamiento del espacio público, de la polis, del ágora, son algunas de las alternativas que se pueden oponer a la confusión «multimedia» engendrada por las violencias.

Bibliografía

- BALANDIER, Georges. **El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento.** Barcelona: Gedisa, 1994
- DE CERTAU, Michel. **La toma de la palabra y otros escritos políticos.** México: Universidad Iberoamericana/ITESO, 1995.
- DUBY, Georges. **El año mil.** Barcelona: Gedisa, 1992
- FUENTES, Carlos. **Nuevo tiempo mexicano.** México: Nuevo Siglo-Aguilar, 1994
- GIDDENS, Anthony. **Consecuencias de la modernidad.** Madrid: Alianza Universidad, 1993
- MURDOCK, Graham. *Las comunicaciones y la constitución de la modernidad.* En **Revista de Occidente** No. 170-171, julio-agosto, Madrid, 1995
- HALBWACHS, M. **La mémoire collective.** Paris: P.U.F, 1968
- LECHNER, Norbert. **Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política.** Chile: FCE, 1990
- MAFFESOLI, M. **El tiempo de las tribus.** Barcelona: Icaria, 1990
- MARTÍN BARBERO, Jesús. **Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación.** Caracas: FUNDARTE/Ateneo de Caracas, 1994
- PROS, Harry. **La violencia de los símbolos sociales.** Barcelona: Anthropos, 1989
- REGUILLO, Rossana. *Los mitos gozan de cabal salud: el horizonte de las creencias colectivas en la 'modernidad' mexicana.* En **Comunicación y Sociedad** No. 26-27. Guadalajara: Universidad de Guadalajara. (en prensa)
- REGUILLO, Rossana. *Los lenguajes del miedo. ¿Nuevos escenarios, nuevos?.* En **Renglones** No. 35. Guadalajara: ITESO, (en prensa)
- TURNER, Victor. **El proceso ritual. Estructura y antiestructura.** Madrid: Taurus, 1988

